

ALACENA
BOLSILLO



FABIO MORÁBITO

Canción segunda

FABIO MORÁBITO

Canción segunda



Ediciones Era

Edición original: Visor Libros, España, 2024
Primera edición en Alacena Bolsillo: 2025
ISBN: 978-607-445-666-0
DR © 2025, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Mérida 4, colonia Roma, 06700 Ciudad de México

Diseño de portada: Germán Montalvo

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

www.edicionesera.com.mx

Para Diego



EN LA MISMA PLAYA en que aprendió
mi hermano, aprendí a nadar
un año después de él.
Había dejado en el agua
un rastro fino que sentí en seguida
y me sostuvo cuando fue mi turno
de ir donde era hondo.

NUNCA SE HA presentado
una bifurcación en mi camino,

no tuve que detenerme jamás,
otro antes que yo se había detenido,

abriéndome paso,
y yo no preguntaba.

Ser el menor de dos hermanos
ha sido una ventaja,

pero el haber pasado indemne,
sin una sola herida, al cabo

duele, y más al ver
al otro herido por pasar primero.

No recuerdo haberme detenido
alguna vez con el semblante lívido,

pero cuántos hervores
me ponen rojo hasta la médula

por unas pifias remotas
que nadie más que yo recuerda

y sólo a mí me causan embarazo.
¡Bifurcaciones ni qué ocho cuartos!,

a mí me asaltan las vergüenzas
por idioteces cometidas de pequeño,

casi recién nacido,
casi en el útero materno.

Si el hermano mayor
se llena de raspones los brazos,

las piernas y los codos,
el menor se llena de sonrojos,

de heridas que no cierran.
El que se hiere es el mayor,

pero el menor es el que sangra,
el que recuerda.

CUÁNTAS PELÍCULAS vistas de pie
en aquel cine de barrio,
donde un asiento se conquistaba
a base de empujones,
cine sucio de butacas duras
que cambiaba de película cada dos días,
en ese tiempo de cambio de la voz
y del primer vello en las axilas;
el peor cine para los peores años,
con el dinero contado para el boleto,
la vista dividida entre pantalla y asientos,
por si uno se desocupaba de milagro.
Cuántas películas olvidé
por alternar el peso del cuerpo
sobre cada pierna,
cuánto cine padecido en los huesos,
cine de barrio para huir de la familia,
y de tanta oscuridad de fin de semana
no poder recordar un solo título, un solo actor
o actriz, una sola escena,
sólo el dolor de estar parado,
defendiendo mi nicho junto a la pared,
a un costado o al fondo de la sala.

LA HISTORIA SE DESPIDE en la pantalla,
y la canción, con esa voz soberbia
que cautiva,
nos clava en el asiento
leyendo los créditos finales.
¡Cuántos nombres!
¡Qué caterva de gente para hacer una película!
¿A todos los conoce el director?
¿Le ha dirigido la palabra
al segundo asistente de sonido?
¿Sabía que existe?
Se acaba la canción de voz soberbia,
pero el desfile en la pantalla continúa
y entonces entras tú al relevo,
canción segunda,
mientras se prenden las luces.
No sé cómo te llaman en el cine.
¿Canción de luces? ¿Canción vacía?
No sé tu nombre,
canción para vaciar los créditos
que me produce una congoja absurda.

CORTARON EL ÁRBOL del vecino.
¿Acaso no nos pertenecían su majestuoso
follaje, su sombra y sus pájaros?
¿No hemos recogido una y otra vez sus hojas caídas
en este lado del muro?
Sin avisarnos lo redujeron a su mínima expresión
de la noche a la mañana.
¿No saben que los árboles no son mascotas de uno,
que no obedecen a un solo jardín?
¿Alguna vez protestamos por sus frutos podridos
que atraían enjambres de moscas,
por uno que otro pajarillo caído del nido
que tuvimos que enterrar?
¿Por qué no nos dijeron nada?
Fueron años de considerarlo nuestro,
entró en casi todas las fotos familiares,
¿y ahora qué hacemos
con este inmenso golpe de cielo
que nos deja sin habla, sin derecho a quejarnos?

¿SE PUEDE AMAR a alguien
a quien jamás se vio correr,
de cuyo tranco que acelera el pulso
nunca nos dio a probar un poco?

Corriendo,
una segunda desnudez,
más primitiva, aflora.

Así, un breve impulso,
incluso un salto a veces
es todo lo que Amor requiere
para acabar de darse.

Y yo no puedo ni siquiera
imaginar cómo corrías.

¿Corriste alguna vez?
¿En dónde? ¿Cuándo?

Me habría bastado un trote,
¿sabes?, un simple arranque tuyo
para comerte viva.

Pero tú hablabas
del hijo que querías de mí en tu cuerpo
aún adolescente.

Seguro que correr te parecía
una tontería, si estabas hecha
para dar a luz.

Qué claridad aterradora
y sin fisuras. Así Calipso
retuvo varios años a Ulises en su isla.

Pero está escrito que el amor
va junto con la brisa y que las Ítacas
acaban siempre por tener razón.

EL PRIMERO QUE DI fue amargo,
me estrené en los besos
con uno de despedida,
así aprendí que los labios y la lengua
no armonizan como en las películas.
Don Juan ponía la lengua
pero ocultaba el resto
y de ese modo se enteraban de quién era,
pero ya era tarde y de ese beso falso
se despeñaban las doncellas.
Don Juan siempre ha existido,
pero también los besos deslavados,
donde los labios comulgan
y la lengua rechaza, o al revés.
En cada beso he intentado
remediar aquel beso donjuanesco,
el primero que di, a la edad
en que los besos todavía
son objeto de regaños
(¿por qué los padres no creen
en los primeros besos de sus hijos?).
Me estrené en los besos
con uno de despedida

y recuerdo su nombre y me pregunto
si ella recuerda el mío.
Después supe de lenguas
que creen que besan
y sólo asoman de labios para afuera.
Supe de labios fríos
que remoja una lengua ardiente.
Supe de besos carnívoros, soeces,
y besos dejados a medias
y supe qué mal se besa la gente.
Pero una vez estoy seguro que besé.
Pero una vez me supo al fin a boca un beso.
Besé sin preguntar de lenguas ni de labios,
sólo besé con gusto lo que había,
sin pedir nada, besar y ser besado
y dejar a la boca hacer lo que sabía.

DE GOLPE me detuve,
la invitación estaba hecha
y no dudé: ser uno más,
entrelazado bajo el suelo a todos ellos.
Qué fácil, a esa edad, hundirse,
qué paz dan las raíces,
en vez de estar sobre dos pies.
Todo lucía profundo y grato.
Yo estaba listo, pero algo me distrajo,
tal vez un soplo frío
o ver cruzar los pájaros veloces,
y me bastó anhelar sus alas
para que el sueño que tenía
se fuera por las ramas
y me encontré de nuevo
ahí, sobre mis pies,
parado en la arboleda,
sin alas ni raíces.

EN MI COCINA, una hormiga.
Busca comida, ya sé.
El hormiguero está hambriento
y la mandaron de espía.
“Ve, Inés, a ver qué ves.”
Ay, hormiga, ve tranquila,
no debes temer mi dedo
por esta única vez,
porque me duele tu hambre,
tu soledad y tu anemia,
porque estamos en pandemia
todos, pequeños y grandes,
los de dos piernas lo mismo
que los de seis patas negras,
sí, todos los seres vivos,
por el hecho de nacer.
Ve, Inés, a ver qué ves
en mi cocina y no temas
a ninguno de mis dedos
por esta única vez.

NADIE NOS DIJO que las islas de los ríos
son efímeras,
que duran lo que tardan los detritos que las forman
en empujarlas hacia una orilla,
borrándolas del mapa para siempre.

Quién sabe bajo qué edificios de Ferrara,
qué calles o canchas de fútbol te ocultas,
isla de Belvedere del río Po,
el último jardín del Humanismo,
donde Torquato Tasso recitó su *Aminta*.

Dije, subiéndonos al taxi:
“Isla de Belvedere, por favor”,
y el hombre nos miró por el espejo.
“¿Isla de qué?”, nos dijo,
y al ver su cara nos bajamos.

Así aprendimos que las islas de los ríos
duran poco
y basta que la corriente se desvíe
para que queden absorbidas por la orilla
y nadie las recuerde al cabo de unos siglos.

Anduve tan perdido por buscarte,
isla de Belvedere,
y donde preguntaba me bajaban de los taxis.

Creía que las islas de los ríos
son eternas
y que la gente todavía lee el *Aminta*.

Pondré en mi tumba
estas palabras:
“Isla de Belvedere, por favor”,
tal vez así te alcance,
y si hay Dios,
que sea como el taxista
de ese día,
no vuelve la cabeza y sólo mira
por el retrovisor.

LLEGAMOS AL castillo
cruzando el calor de julio.
Lo rodeaba un foso de agua
cubierto de una lama espesa.
Busqué una piedra
para que mi hijo viera
que lo que aparentaba ser un prado era
agua estancada y pútrida,
pero no hallé ninguna piedra,
ni un guijarro
para arrojar y ver cómo se hundía.

Para que él viera
que lo que parecía un amable césped
era un engaño en el calor de julio.

¿No es para eso un padre:
para desengañar a tiempo
y no formar ilusos de por vida?

Y mientras él miraba
y yo buscaba en vano algún objeto
en la avaricia de la plaza,

una racha de aire
en el calor de julio
abrió en la lama un surco,
luego un sendero
e hizo patente el espejismo
alrededor de aquel palacio.

Y siento todavía en los músculos
la piedra que le faltó a mi mano,
el milagro por obra del viento
y el tiro guardado y oculto.